Entre la economía mundo y el crecimiento polinuclear (los rasgos generales de la economía europea en el tránsito del siglo XVI, 1490-1530)

Bartolomé Yun Casalilla
Universidad de Valladolid

Uno se pregunta si las conmemoraciones son para renovar o para repasar. Quizás sean para las dos cosas y quizás debieran ser para algo más. Por lo que al tema asignado a quien escribe se refiere, más vale repasar de manera reflexiva y, si eso es así, espero que sirva para una mínima renovación. Se dice esto porque, como es obvio, no se puede esperar que en cuestión tan amplia como ésta se pretendan grandes descubrimientos a partir de fuentes originales o datos que nos permitan una renovación de la imagen que tenemos de la economía europea en aquel convulso tránsito del siglo XV al XVI, el tránsito de una Europa que se abría al mundo y titubeaba en el Atlántico y las Costas de Africa a una Europa deseosa de dominar los continentes, que se abre paso en América y se asienta en Asia. Ni eso se pretende ni eso se ha requerido de su autor.

Quizás porque la apertura de Europa fue el más importante evento acaecido entre las dos fechas que nos ocupan, la historia del continente e incluso del Mundo entre 1490 y 1530 se ha tendido a interpretar —erróneamente— bajo ese prisma. Es, hoy por hoy, muy difícil hacer una caracterización historiográfica de la Europa de esa época. Existen descripciones diversas y más o menos formalizadas. Para unos, Europa salía de la crisis bajomedieval —antes aquí, más tarde allí, casi en todas partes ya hacia 1500— merced a un reajuste entre recursos y población[1]. Para otros,

[1] He realizado algunas precisiones sobre las diversas teorías al respecto en un trabajo al que, por fuerza habré de hacer diversas referencias, por constituir la base de muchos de los razonamientos que haré aquí. «Economic Cycles and Structural Changes», en BRADY JR., TH. A.; OBERMAN, H. A., y TRACY, J. eds., *Handbook of European History, 1400-1600. Late Middle Ages, Renaissance and Reformation,* Leiden-New York and Köln, 1994, págs. 113-142. Por supuesto, me refiero aquí sobre todo a los trabajos de Postan y, especialmente, a *Essays on Medieval Agriculture and General Problems of the Medieval Economy,* Cambridge, 1973.

esto tenía que ver con la disminución de la tasa de detracción feudal —que habría aumentado durante los años de recesión— que permitía un mayor ingreso neto campesino y un crecimiento demográfico y económico que se empezaba a notar desde 1450 y cuya rampa de lanzamiento se ha de buscar en el incremento de la productividad experimentado durante la fase recesiva[2]. Otros, como R. Brenner, han enfatizado la importancia de los cambios en las relaciones de producción y el surgimiento —según el equilibrio en las relaciones sociales preexistentes— de unas estructuras agrarias mucho más flexibles en el Occidente europeo[3]. En cualquier caso, el viejo debate sobre la existencia de una «crisis del renacimiento» establecido a partir de problemas de comercio internacional y de los análisis de la historia monetaria (moda de la época, que, por desgracia, ya casi no se lleva), ha quedado arrumbado[4].

Algunas de estas visiones fueron consideradas ya hace un tiempo en otra mucho más comprensiva que, con padrinos como Braudel, Frank y Wallerstein, entró en la escena intelectual de la mano del concepto de la economía-mundo[5], un concepto éste que para Braudel se subsumía en la aparición de un sistema denso de relaciones económicas entre territorios lejanos (no necesariamente en continentes diferentes) cuyo crecimiento habría sido desigual y que en la mente de Wallerstein y Frank, muy afectados por el peso de la economía del subdesarrollo de los sesenta y setenta, venía ya acompañado de la idea de una división del trabajo en el seno de esa economía mundo cuya consecuencia era no ya sólo crecimiento desigual sino «dependencia» económica y contraposición entre centro y periferia, lo que implica desarrollos económicos opuestos e incluso divergentes entre las distintas regiones de ese sistema-mundo.

Ciertamente, en la elegante pluma de Braudel el esquema se encontraba oculto ante una evocadora erudición que, por otra parte, introducía interesantes matices al respecto. La historia de Europa del siglo XVI se entendía como una sucesión de polos de crecimiento que empezaba precisamente por Italia y se continuaba con Amberes hasta que, a fines del siglo XVI y pese a la resistencia de Italia, se consumaba con el definitivo desplazamiento del centro de gravedad hacia las economías del Norte, precisamente llamadas a liderar la revolución industrial.

---

[2] Véase sobre todo, BOIS, G., *Crise du féodalisme,* París, págs. 357 y 359. Para una clara explicación al respecto —con algunas modificaciones de su porpia cosecha— KRIEDTE, P., *Feudalismo tardío y capital mercantil,* 3.ª edición, Barcelona, 1985, págs. 9-14.

[3] ASHTON, T., y PHILPIN, C. H. E. eds., *The Brenner Debate: Agrarian Class Structure and Economid Development in Pre-Industrial Europe,* Cambridge, 1985.

[4] Véase sobre todo, CIPOLLA, C. M.; LOPEZ, R. S., y MISKIMIN, H., «Economic Depression on the Renaissance», en *Economic History Review,* 2.ª serie, núm. 16 (1964), págs. 519-529.

[5] Véase sobre todo, BRAUDEL, F., *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XVe-XVIIIe siècle,* París, 1979, 3 vols. y WALLERSTEIN, I., *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI,* Madrid, 1979. FRANK, G., *La acumulación mundial, 1492-1789,* Madrid, 1979.

Por su parte, Wallerstein dibujaba un panorama que, pese a las críticas recibidas, no parece haber cambiado. En un texto aún caliente y escrito el pasado año a propósito del «Emperador y su tiempo», vuelve a repetir el esquema[6]. Ya en su famoso libro el historiador norteamericano decía que la bancarrota (hoy sabemos que falsa) de 1557 fue un «punto crucial» en la evolución de la economía-mundo europea[7]. Pero no es menos cierto que dicho hecho y la paz de Cateaucambresis aparecen en sus razonamientos como un jalón de un proceso que venía de atrás. Por lo que a los reinos ibéricos se refiere, Wallerstein detecta deficiencias estructurales muy anteriores y se extraña del papel desempeñado por una economía tan débil en el funcionamiento de la economía-mundo e incluso en el imperio de Carlos[8]. Más aún, hablando ya del conjunto europeo, afirma que la profundización en la dinámica de las relaciones de dependencia de la economía-mundo europea y la consecuente especialización del trabajo en cada una de las áreas, incluido el desarrollo de la servidumbre en la Europa Oriental, es algo que arranca de «ligeras» diferencias que ya existían en el siglo XV y que tienen que ver incluso con los distintos modelos de salida de la crisis que impone la formación de dicha economía mundo[9]. Y no es baladí el hecho de que el debate más reciente desde esta perspectiva, el de la existencia de economías-mundo anteriores al moderno sistema mundial con centro en Europa y su importancia en el desarrollo de la Humanidad, se haya centrado en la supuesta originalidad de los cambios que se producen en el viejo continente en torno a los años que aquí nos ocupan, que parecen a todas luces decisivos con independencia de la singularidad en el desarrollo mundial y de las diferentes economías-mundo que cada uno de los autores les atribuyen[10].

En estos moldes —no siempre por su causa y mucho menos aceptándolos— han cabido y siguen cabiendo no pocas caracterizaciones del período y, sobre todo, de la economía peninsular en general y castellana en particular. La Castilla «dependiente» económicamente y cuyo crecimiento, precisamente por eso, sería nulo a partir de 1520, de que hablara Kamen, encaja aquí a la perfección[11]. La España que no entró en crisis en el siglo XVII porque, simplemente, «nunca se desarrolló», a que se

[6] «Charles Quint et la naissance de l'economie-monde capitaliste», en SOLY, H. dir., *Charles Quint, 1500-1558. L'empereur et son temps,* San Dorligo della Valle, 1999, págs. 365-391.

[7] WALLERSTEIN, I., *El moderno sistema..., op. cit.,* pág. 256.

[8] *Ibidem,* págs. 233 y ss.

[9] *Ibidem,* págs. 134 y 138. En ese argumento aparece otra vez perfectamente claro el caso de los reinos peninsulares, cuya salida de la crisis, según él, se produjo sobre todo, por el desarrollo de la «industria ovejera», que forzó a una política de exportación de lana y abortaría el avance «hacia una importante industria textil», pág. 234.

[10] Véase a ese respecto, las distintas posiciones —entre otros del propio Wallerstein—, en GUNDER FRANK, A., y GILLS, B. K., *The World System. Five hundred years or five thousands?,* Routledge, Londres y Nueva York, 1993.

[11] KAMEN, H., «The Decline of Spain: a Historical Myth?», en *Past and Present,* núm. 81 (1978), pág. 25.

refirió ya hace tiempo Cipolla, entra asimismo en el esquema como hecho a su medida[12]. En realidad ambas ideas habían sido explícita o implícitamente tenidas en cuenta para elaborar el esquema de conjunto.

Pero hay más. En esa idea —y desde luego, rechazando al sociólogo marxista norteamericano— han encajado visiones como las de Kindleberger y luego Landes, dos historiadores de la economía de la Universidad de Harvard, en sendas obras que —como no podía ser de otro modo— han sido apropiadas en nuestro país por los contemporaneístas cuando son paño de modernistas a poco que se las lea con un poco de inteligencia[13].

Por supuesto, no es la intención de este estudio el realizar una crítica a Wallerstein y, menos, a Braudel. Tal planteamiento rebasaría con mucho las exigencias de este trabajo, máxime si se considera que dicha crítica se debería hacer en el largo plazo, lo que exigiría una valoración más amplia del significado histórico de la fase de expansión que va de 1450 a 1600. Por otra parte, esa es una crítica que ya han hecho otros con más saberes y habilidades y yo mismo he dedicado algunas líneas que, por fuerza, tendré que repetir más adelante[14]. Me propongo tan sólo describir la economía europea en la que actuó Carlos con el simple objetivo de que se entienda mejor la acción de éste y —¿por qué no?— mostrar de nuevo que esos esquemas no valen ni para comprender aquella realidad, ni mucho menos para entender «El emperador y su tiempo». No soy, por cierto, el único que lo hace por estas fechas[15], pero me parece importante hacerlo desde la perspectiva española, porque —como resumiré al final y he desarrollado en otros trabajos—, con la imagen de la economía europea que en esas visiones se da, o la política carolina es incomprensible o Carlos era un mago de las finanzas (cosa esta última que, ni siquiera en año de conmemoraciones y pese a las «habilidades» mostradas por el de Gante, nadie se atreverá a mantener).

Con independencia de que concedamos validez como explicación a escala local a algunos de los razonamientos antes aludidos, lo cierto es que el argumento de los recursos-población y el de la tasa de detracción feudal no son de aplicación automática, general o excluyente a la hora de explicar la recuperación económica. En muchos países los niveles más bajos de población y, por tanto, los más altos en la relación tierra-efectivos demográficos, se dieron en los años inmediatos a la Peste Negra, mientras que la recuperación en muchas áreas no es clara hasta, por lo menos,

---

[12] CIPOLLA, C. M., *Before the Industrial Revolution: European Society and Economy, 1000-1700,* Londres, 1976, pág. 233.

[13] KINDLEBERGER, CH. P., *World Economic Primacy, 1500-1990,* New York-Oxford, 1996, págs. 73-74. LANDES, D., *The Wealth and Poverty of Nations,* London, 1998.

[14] Sin duda, una de los planteamientos más interesantes al respecto es el realizado por O'BRIEN, P., «European Economic Development: the Contribution of the Periphery», en *Economic History Review,* núm. 35 (1982), págs. 1-18.

[15] Véase el planteamiento alternativo al de Wallerstein, que, sin referirse a él explícitamente ha realizado recientemente WEE, H. VAN DER, «Le developpmenet d'une économie mondiale», en SOLY, H., y WELLE, J. VAN DE coords., *Carolus. Charles Quint, 1500-1558,* Gante, 1999, págs. 69-77.

medidados del siglo XV. En otro orden de cosas, si bien es cierto que la presión señorial se hubo de relajar merced a un nuevo equilibrio social más favorable a los campesinos, no lo es menos que la expansión de la «ventosa señorial» se continuó durante todo el Cuatrocientos. En muchos países —y Castilla es un magnífico ejemplo— surgió una «nueva» nobleza, mucho más vigorosa que la anterior, que constituyó nuevos patrimonios y que extendió su poder y participación en la riqueza a más territorios. Más aún, son estos los años de formación de precarios pero prometedores aparatos monárquicos de exacción fiscal, cuyo efecto sobre el producto social y la renta disponible era, al menos desde esta perspectiva, potencialmente negativo. Se podría pensar —más adelente matizaré los peligros de llevar este argumento a su máxima expresión— que fue la acción de este último proceso, por otra parte acompañado de guerras internacionales y civiles así como de conflictos internobiliarios, lo que retardó la recuperación[16].

Por su parte, y desde la perspectiva de Wallerstein y otros, el acento —sin olvidar, lógicamente, todo lo anterior— se pone en la formación de esa economía mundo que, ya desde 1450, pero más claramente desde 1500 habría surgido de la crisis. En tales explicaciones se reconoce que las «ligeras diferencias» a que antes nos hemos referido, crearían una red de relaciones entre las distintas áreas de Europa, cuyo dinamismo marcaría las características de ese crecimiento diferencial. Se enfatiza en esa línea que lazos constitutivos de la economía internacional del siglo XVI, incluida cierta especialización, están ya presentes en el siglo XV: la expansión de la ganadería y la exportación de lana desde Castilla al Norte de Europa, la formación de dos potentes polos de desarrollo en Flandes y en Italia que marcarían la pauta del modelo de crecimiento, la especialización creciente como aportadores de cereal y materias primas de consumo masivo de los países del Báltico, etc.[17]

Pero, lo cierto es que ni el crecimiento, ni mucho menos, los primeros pasos en la formación de esa economía-mundo europea se prestan a ser interpretados dentro del esquema de la dependencia. O, por lo menos, no se prestan a ello si queremos hacer de esta línea de razonamiento un elemento esencial a la hora de entender ese crecimiento y sus rasgos. Y ello, no ya sólo en lo que se refiere al papel de Europa en la economía mundial, aspecto éste en el que no entraremos aquí, sino en lo relativo a la dinámica interna de la economía europea. Una descripción a los rasgos generales del crecimiento económico de estos años puede ser útil para explicarlo.

Como es sabido, el siglo XV había presenciado el estrechamiento de los lazos

[16] Resumo y simplifico aquí algunas de las ideas que ya expresé en «Economic cycles and structural changes», en BRADY, T. A., OBERMAN, Jr., H. A., y TRACY, J., *Handbook of European History, 1400-1600. Late Middle Ages, Renaissance and Reformation,* Brill, Leiden-New York-Köln, 1994, vol. I, págs. 114-119.

[17] Para una visión —con intencionalidad crítica— de nuestro estado de conocimientos a este respecto, y en particular en lo que se refiere al caso italiano, puede verse EPSTEIN, E., *Potere e mercati in Sicilia, Secoli XIII-XIV,* Giulio Einaudi, Torino, 1996, págs. 3-26.

comerciales que, entre Italia y el Norte de Europa, bordeaban la Península Ibérica. Es más, son las escalas ibéricas de ese comercio las que parecen haber estimulado también el tráfico de estas mismas con el Norte y con Italia y el intercambio y recepción de conocimientos en materia de técnicas financieras y de navegación. Cada vez más dinámicos, los puertos del litoral, desde Valencia a Bilbao, pasando por el Sur de Portugal y por Lisboa, estaban formando una red de cabotaje sobre la que pivotarían los viajes oceánicos de portugueses y castellanos. Como dijera Vilar, es este papel de intermediación, la búsqueda de azúcar y especias a tono con la demanda refinada de la nobleza renacentista, y de oro y plata, necesarios para atender las demandas de liquidez de una economía en plena expansión de los intercambios, lo que animaría dicha expansión[18].

Desde 1500 ese sistema experimentaría un empuje aún mayor. Con la llegada de la pimienta portuguesa a Amberes, dicha ciudad desplazaría a Brujas[19]. Los comerciantes alemanes se empezaron a dirigir cada vez más hacia allá con los metales de las minas, que, en plena expansión, habían creado la fortuna de nuevos banqueros y que se intercambiaba por las especias portuguesas e incluso otros productos de lujo traidos de Italia y distribuidos por ellos en el Norte y Centro de Europa. Hacia Amberes se dirige también el cereal del Báltico que, en el caso del centeno por ejemplo, pasa de unas 5.000 Tm hacia 1465 a 30,800 en 1530[20]. La fase de Amberes y su protagonismo en la economía-mundo europea (y cada vez más mundial), tal y como la definiría Braudel, parece estar ya madura en los años veinte y se prolongará hasta el útlimo cuarto del siglo XVI[21].

Se podría decir que ese crecimiento es a expensas de Venecia y que Amberes, el nuevo centro de la economía-mundo europea, está imponiendo una división del trabajo y una acumulación de capital que llevarían al atraso relativo de otras economías. De hecho, pese a la revisión en este sentido que hiciera de la decandencia de Italia, el mismo Braudel vino a afirmar que «el centro europeo de la riqueza y de las proezas capitalistas, sin demasiado ruido se ha retirado de Venecia[22]», lo que cuadra, por otra parte, con el hecho de que la llegada de la pimienta a Lisboa se veía favorecida por las dificultades de abastecimiento veneciano debido a la aparición del Turco en el Mediteráneo Oriental.

---

[18] Me refiero, por supuesto, a *Oro y moneda en la historia, 1450-1920,* Ariel, 5.ª ed., Barcelona, 1981.

[19] WEE, H. VAN DER, *The Growth of the Antwerp Market and the European Economy,* The Hague, Martinus Nijhoff, 1963, vol. II, págs. 113-143.

[20] ZYTKOWICZ, L., «Trends of Agrarian Economy in Poland, Bohemia and Hungary from the Middle of the Fifteenth to the Middle of the Seventeenth Century», en MACZAK, A., SAMSONOWICZ, H., y BURKE, P., *East-Central Europe in Transition,* Cambridge University Press, Cambridge, 1985, pág. 66.

[21] Todas estas cuestiones, con todo lujo de detalles y haciendo especial hincapie en el componente industrial de la economía de Flandes y en la importancia de una industria muy refinada de alto valor añadido, se encuentran magníficamente desarrolladas en diversos trabajos de WEE, H. VAN DER. En especial, *The Growth of..., op. cit.*, vol. II.

[22] BRAUDEL, F., *Civilization..., op. cit.*, tomo III, pág. 113.

No obstante, se estaba aún muy lejos de un proceso como el descrito cuando se aplica el esquema del desarrollo-subdesarrollo. Hoy sabemos, y el propio Braudel contribuyó a esa idea, que Venecia conoció una auténtica reconversión de su economía. Se produjo una expansión sin precedentes de la industria de la seda, animada por la demanda refinada de los patricios renacentistas de toda Europa. Junto a la seda, se extendió la producción de vidrio, de papel y de navíos, e incluso la pimienta no desapareció del todo de su economía. Y todo ello, al tiempo que se desarrollaban otros comercios[23]. La misma Génova se pudo aprovechar de sus conexiones con Castilla y, a través de Castilla, con la economía atlántica, para satisfacer las necesidades de reproducción del capital financiero, al tiempo que se abastecía de materias primas a través de los arrendamientos de rentas reales o de las inversiones en sectores como la producción de caña de azúcar, desde Canarias a Valencia. La Florencia de los Médici, siguió su ritmo expansivo basado en la producción artística, en la construcción, en la industria de la lana, en el crédito al rey de Francia en las ferias de Lyon. Más aún, no es extraño que los problemas de la economía italiana a fines del siglo XVI se tiendan a relacionar más con el hecho de que se tratara de una economía «madura» (que había llegado al máximo del desarrollo posible, dado el nivel tecnológico de la época y los recursos), que con un insuficiente desarrollo respecto de las economías del Norte de Europa[24].

Pero no fue solo Italia. El crecimiento es en realidad un hecho general. Francia asiste a una de las etapas de expansión agraria más importantes de su historia. La industria florece en muchas ciudades, y ferias, como las de Lyon, adquieren un protagonismo notable. Incluso Marsella se aprovecha del dinámico comercio mediterráneo y una densa red de ciudades, pequeñas pero muy numerosas, se extiende por el país[25]. Igualmente, las mediciones disponibles dan un crecimiento similar para Inglaterra, que, según los cálculos de Snooks, habría experimentado uno de los ritmos de crecimiento más rápidos de toda su historia —siglo XIX incluido— entre 1500 y

[23] Véase la síntesis al respecto de LANE, F., *Venice. A Maritime Republic,* London, 1993, págs. 297-321.

[24] Para algunas de estas cuestiones véanse, entre otros estudios, los de MALANIMA, P., «An Example of Industrial Reconversion: Tuscany in the Sixteenth and Seventeenth Century», en WEE, H. VAN DER, ed., *The Rise and Decline of Urban Industries in Italy and in the Low Countries (Late Middle Ages-Early Modern Times),* Leuven University Press, Leuven, 1988, págs. 63-74, y otros textos del mismo volumen. También de MALANIMA, P., *La decadenza di un'economia cittadina. L'industria di Firenze nei secoli XVI-XVIII*, Bologna, 1982. Sobre el concepto de «madurez» aplicado a las economías urbanas de Italia, que el autor toma de Cipolla, *La fine del primato. Crisi e riconversione nell'Italia del Seicento,* Milano, 1998, especialmente págs. 7-9 y 51-66.

[25] Para Francia, el hecho queda reflejado en el notable crecimiento agrario y urbano de estos años (véase, por ejemplo, CHAUNU, P.; GASCON, R.; LADURIE, E. LE ROY, y MORINEAU, M., *Histoire economique et sociale de la France,* vol. I, *1450-1660, L'Etat et la ville. Paysannerie et croisance,* PUF, París, 1977), que responden, precisamente, a los de máximo crecimiento de la productividad del total de los factores, HOFFMAN, PH. T., *Growth in a Traditional Society. The French Countryside, 1450-1815,* Princeton University Press, Princeton, pág. 99.

1550[26]. Pero el hecho es evidente también en la Europa Central y del Este, donde los cálculos —por supuesto, aproximativos como todos los anteriores— de Samsonowicz y Maczak dan para Polonia el ritmo más rápido de crecimiento de toda Europa entre 1450 y 1550[27]. Y creo que el caso de la Península Ibérica apenas si merece comentario entre nosotros: aquí todas las series de diezmos, indicadores comerciales e incluso industriales apuntan en el mismo sentido.

Y es que, considerados en su complejidad, ni el cambio de coyuntura económica ni el crecimiento subsiguiente se prestan a esas fórmulas como las aplicadas por Wallerstein. de hecho, existe en éstas un exceso de protagonismo del comercio internacional a larga distancia y, en particular —pues este era el tipo más desarrollado de transacciones internacionales—, del comercio marítimo, sin duda el menos creativo para las zonas que atraviesa.

Por lo que se refiere al comercio de granos desde Polonia, Topolski lo evaluó en un 2,5 por 100 de la producción total a fines del siglo XVI[28]. Dado el rapidísimo ritmo de aumento de esa exportación —mucho más rápido que el de la producción—, es de pensar que el porcentaje debía ser irrisorio a la altura de los años que nos ocupan. En ese mismo orden de cosas, se ha podido comprobar que el volumen de trigo siciliano exportado —al que también se ha responsabilizado de la formación de una economía colonial en la isla— difícilmente sobrepasaba el 5 por 100 de la producción[29].

Y si se exageraba —sin medir— su peso cuantitativo, se ha exagerado igualmente la capacidad transformadora de ese comercio. Porque, en efecto, en una economía donde tan sólo una parte reducida de la producción total salía al mercado, es evidente que la capacidad de éste de provocar procesos de especialización e incluso de especialización espacial del trabajo era muy reducida. Una cosa es que en torno a ese comercio se crearan grandes intereses mercantiles e incluso nobiliarios, capaces de afectar a la política de los monarcas (el caso de la lana castellana) y otra muy distinta que pudiera inducir cambios tan profundos en la economía. Una cosa es que ese comercio creciera e incluso afectara a las formas de aprovechamiento de recursos de determinadas áreas, y otra muy diferente que el fenómeno fuera de tales dimensiones que determinara el curso de la economía de países enteros. Y no es extraño, por todo ello, que los historiadores de la Europa del Este hayan subrayado la

[26] SNOOKS, G. D., *Was the Industrial Revolution Necessary?*, Routledge, London-New York, págs. 65 y 73.

[27] «Feudalism and Capitalism: a Balance of Changes in East-Central Europe», en MACZAK, A., SAMSONOWICZ, H., y BURKE, P., *East-Central Europe in Transition..., op. cit.,* pág. 9. Los autores aportan asimismo datos muy explícitos de otras áreas de Europa, como Alemania.

[28] TOPOLSKI, J., «Continuity and Discontinuity in the Development of the Feudal System in Eastern Europe (Xth to XVIIth Centuries)», *Journal of European Economic History,* núm. 2 (1981), págs. 391, 395-396.

[29] EPSTEIN, S., *Potere e mercati..., op. cit.,* pág. 311.

enorme variedad de situaciones regionales y la dificultad de explicar la historia del conjunto bajo el prisma de la teoría de la dependencia, a la vista, sobre todo, de que la exportación de grano, «was confined to areas which from this point of view were located particularly conviniently», en especial las más cercanas a vías marítimas o fluviales de comunicación[30].

Se olvida a menudo también lo que se quiere decir cuando se habla en términos de centro-periferia y desarrollo desigual. Tales conceptos significan en realidad —en su formulación original y en la de Wallerstein o Gunder Frank— la existencia de unos términos de intercambio perjudiciales para los países productores de materias primas de esas periferias o semiperiferias. Precisamente lo que se daría en el siglo XVI en algunas áreas —concretamente en la Europa del Este— es lo contrario: como ha visto Topolski (de nuevo con datos de Wyczanski), el precio del cereal creció más deprisa que el de los productos manufacturados que teóricamente estaban produciendo su periferización[31]. En ese sentido, se ha llegado a escribir que, después de 1480, «the balance of trade, at least with the West, became a favourable one for East-Central Europe for the next two hundred years[32]». Dicho en otros términos: si sólo hubiera sido por este factor, la auténtica acumulación se habría producido en estos países; lo que, por cierto, es probable que así fuera (aunque so se tratara de una acumulación capitalista) y obliga a trasladar la explicación del desarrollo desigual desde la consideración del comercio internacional a la de las estructuras sociales y políticas vigentes en dichos países.

Más aún, cuando se hacen estos razonamientos se piensa sólo en industrias como las del textil y otras parecidas, que se nutren de productos fácilmente transportables. La situación era muy diferente. Por una parte, la economía del siglo XVI y en particular el crecimiento urbano se basaban también en industrias, como la de la construcción, cuyo proceso productivo se cierra «in situ» y no estaban tan afectadas por los circuitos internacionales. Basta echar un vistazo al peso del sector en las ciudades castellanas o dar un repaso al libro clásico de Goldthwaite sobre Florencia para imaginar el alto valor añadido que aportaban y su enorme peso en las economías de la época[33]. Se parte asimismo de otro presupuesto erróneo, como es el de la existencia de pautas de consumo homogéneas para la mayor parte de las industrias antes citadas, cuando la dispersión y variedad de los patrones de demanda, incluso en productos como los textiles, era enorme e incluso muy superior a la actual. El resultado eran procesos de especialización en determinados segmentos de la demanda e incluso ciertas capacidades de éxito en procesos de sustitución de importaciones en tramos específicos de la producción, que permitían que las industrias locales

[30] SAMSONOWICZ, H., y MACZAK, A., «Feudalism and capitalism...», *op. cit.*, pág. 13.

[31] TOPOLSKI, J., *Continuity and..., op. cit.,* pág. 394.

[32] SAMSONOWICZ, H., y MACZAK, A., «Feudalism...», *op. cit.*, págs. 12-13.

[33] GOLDTHWAITE, R., *The Building of Renaissance Florence: an Economic and Social History,* Baltimore, 1980.

de la supuesta periferia —ayudadas además por barreras de entrada que iban ligadas a privilegios de mercado fuertemente defendidos—, resistieran con posibilidades de éxito.

Aunque no son éstas las únicas razones, no es extraño por todo ello que, al contrario de lo que hubiera sido de esperar, los índices y ritmos de urbanización de las distintas regiones de Europa no respondieran a lo que sería de esperar según el modelo centro-periferia. Contra el modelo de escasa urbanización y desarrollo de simples emporios portuarios ligados al sector exterior que predomina en la actualidad en los países subdesarrollados, lo que encontramos son regiones interiores en claro proceso de urbanización. Y, sin duda, uno de lo mejores ejemplos es la propia Castilla, que, ya en 1500 (los datos son en realidad de 1530), era la tercera región más urbanizada de Europa, detrás de Flandes e Italia. Es más, todavía en 1550 mantenía ese puesto e incluso se había acelerado su ritmo de urbanización si lo comparamos con Francia o Inglaterra. Es obvio que dicho fenómeno se debe relacionar con el hecho de que las ciudades, aparte de mercados, eran también y sobre todo centros de poder jurisdiccional; pero tal hecho no refuta el razonamiento sino que lo refuerza: es una evidencia más de que el desarrollo económico e industrial y la división técnica del trabajo no dependían tanto de los grandes circuitos de la economía, cuanto de interferencias de tipo local, empezando por las de carácter jurisdiccional y político.

En definitiva, la recuperación y el crecimiento habían venido de la mano de otros factores. El comercio internacional no era ajeno a ella, pero con otro papel y en otro modo al que sería de esperar según el esquema de la economía mundo y la acumulación mercantil.

Para entenderlo conviene tener en cuenta que la expansión de fines del siglo XV se basó en la combinación de ese comercio marítimo e internacional con otro continental —a veces incluso también internacional— de raíces más profundas y más vivificantes para la economía en su conjunto. Y todo ello en el contexto de transformaciones internas que arrancan de la propia crisis.

En efecto —y aquí es donde el énfasis en las transformaciones sociales operadas durante estos años toma su auténtico valor—, la llamada crisis del siglo XIV no sólo había supuesto una reducción de la población y un aumento de la tierra y recursos disponibles por persona e incluso —si se quiere— una reducción de la tasa de detracción feudal. La crisis de la servidumbre había venido acompañada de una mayor movilidad del trabajo, al tiempo que la extensión de la enfiteusis y la cesión de tierras en renta aumentaba la autonomía campesina de cara a la actividad agraria y al desarrollo de cultivos orientados a la comercialización. Todo da la impresión de que estamos ante una mayor capacidad de maniobra de los campesinos —sobre todo de una aristocracia campesina claramente favorecida por el nuevo equilibrio social— y una creciente vinculación de éstos con los mercados. Esa evolución se vería incentivada asimismo por el desarrollo de la fiscalidad monárquica y el pago de

rentas en metálico, que creaban a su vez importantes estímulos a la comercialización forzada por parte de las economías fafimilares[34].

De hecho, el desarrollo de los mercados locales es incluso más importante que la expansión del comercio internacional. Así, se percibe en Sicilia, donde se le ha responsabilidado de procesos de especialización regional[35]. Se percibe asimismo en el Centro de Europa, donde se ha subrayado la importancia de la comercialización en redes locales que han llegado incluso a cuajar en la formación de redes internacionales de comercio de vacuno hacia las zonas más pobladas de Flandes y Alemania[36]. Y, por supuesto, se percibe en la Península Ibérica, con un fuerte desarrollo de los privilegios de feria, que se acumulan desde el siglo XIII[37]. Y los ejemplos se podrían multiplicar.

Ese mismo proceso estaba dando lugar a un creciente impulso de las industrias rurales (a menudo incentivadas por la necesidad de numerario de cara al pago de la renta de las economías campesinas) o urbanas (incentivadas en sus segmentos de mayor calidad por la demanda en aumento de los grupos más acomodados beneficiados de la última etapa de la crisis). y no se trataba de un impulso ligado al mercado internacional, sino más aún a mercados locales o interregionales. Así, incluso para Flandes se ha subrayado cómo el desarrollo inicial de su industria se realizó en función de la demanda local, más que en función de la exportación[38].

El resultado fue la formación de circuitos microscópicos pero muy densos de intercambio y actividades auxiliares (industria y transporte sobre todo) que dinamizaban las economías locales y que incluso llegaron a producir problemas de insuficiencia de liquidez en los sistemas monetarios[39]. Y el resultado también eran procesos de urbanización modestos, iniciados en torno a estos mercados, pero que crearían una malla nutrida que no necesariamente pivotaba sobre grandes núcleos urbanos, pero que era muy densa y dinámica al tiempo que estaba muy ligada al comercio terrestre y transcontinental, cuyos efectos colaterales (dispersión de la circulación de numerario, desarrollo de centros auxiliares de transporte, diversificación del ingreso ampesino...) se dispersaban así en áreas muy amplias. El fenómeno, que hoy se enfatiza no sólo para este período sino también para explicar la historia de

---

[34] El hecho es bien conocido y no me extiendo más aquí. yo mismo lo he resumido —sin ningún prurito de originalidad— en «Economic Cycles...», *op. cit.*

[35] EPSTEIN, S., *Potere e mercati..., op. cit.*, passim.

[36] Véase el trabajo clásico de PACH, Z., «The Shifting of International Trade Routes in the 15th-17th Centuiries», *Acta Historica Academiae Scientiarum Hungaricae,* núm. 14 (1968), págs. 277-319. Más referido a Europa Central y del Este en sí mismas, ZYTKOWICZ, L., «Trends of Agrarian Economy in Poland, Bohemia and hungary from the middle of the Fifteenth to the middle of the Seventeenth Century», en MACZAK, A., SAMSONOWICZ, H., y BURKE, P., *op. cit.,* págs. 59-95.

[37] LADERO, M. A., *Las ferias de Castilla. Siglos XII a XV,* Madrid, 1994.

[38] WEE, H. VAN DER, «Industrial Dynamics...», *op. cit.*, pág. 334.

[39] Sobre los problemas de escasez monetaria y las soluciones habilitadas durante el siglo XV, véase SPUFFORD, P., *Dinero y moneda en la Europa medieval,* Crítica, Barcelona, 1991, págs. 436-467.

Europa en general, es especialmente claro —y no es casualidad— para el caso de la Europa Central y Oriental[40].

Pero, además, sobre este comercio pronto se formaría una red de ferias internacionales que comenzaban a formar un sistema cuya actividad se vería impulsada por los avances en las técnicas financieras[41]. Se trataba de reuniones de fuerte carácter financiero y no sólo comercial, que se desarrollarían en Ginebra —desde donde se trasladarían a Lyon en 1462—, en Medina del Campo, Medina de Rioseco y Villalón, en Brabante y en Frankfurt. El resultado fue la formación de una auténtica red internacional en la que se practicaba el comercio de letras de cambio, el «clearing» y, por supuesto, la contratación de mercancías. Ahora bien, lo interesante no es sólo este tipo de actividades, sino también que dicha red hundía sus raíces y, a veces, se fundía, con el comercio más modesto, pero muy dinámico al que nos hemos referido. El caso de Castilla es quizás un buen ejemplo. Porque, en efecto, con independencia de que, como dijera Carande, las ferias tuvieran un efecto desestabilizador de la economía castellana en tanto que servían como centros de exportación de materias primas, lo cierto es que tenían también efectos colaterales al dinamizar tráficos más locales (a veces preexistentes), favorecer la circulación monetaria en las regiones en que se ubicaban, contribuir al desarrollo de actividades campesinas auxiliares, como el transporte, reforzar redes comerciales, etc.[42] En definitiva, los dos comercios —el de carácter internacional ligado a las grandes operaciones financieras y el de carácter local o interregional bien enraizado en las economías sobre las que se desarrollaba—, allí donde se superponían, se alimentaban mútuamente y creaban estímulos al crecimiento económico con independencia muchas veces de la dirección de los flujos comerciales de materias primas y productos manufacturados a los que tanta relevencia se da en las visiones que aquí estamos criticando.

Sobre ese sistema tendría un impacto decisivo el descubrimiento y explotación de las minas de plata alemanas a partir de 1460. Y ello, no ya tanto por el aumento

---

[40] Véase, desde una panórçamica general, CLARK, P., *Small Towns in Early Modern Europe,* Cambridge University Press, Cambridge, 1995 (en especial la Introducción del editor, págs. 1-21. El caso de Alemania es estudiado, con resultados que apoyan los anteriores argumentos, en el mismo volumen por GRAF, H. («Small Towns in Early Modern Germany: the Case of Hesse, 1500-1800», págs. 9-205). Para Europa Oriental, la importancia de este proceso de urbanización ha sido destacada en diversos trabajos por BOGUCKA, M., «The Towns of East-central Europe from the Fourteenth to the Seventeenth Century», en MACZAK, A., SAMSONOWICZ, H., y BURKE, P., *op. cit.,* págs. 97-108.

[41] Una excelente síntesis, sobre esta cuestión en la que no me detengo por ser bien conocida, en WEE, H. VAN DER, «Monetary, Credit and Banking Systems», en RICH, E. E., y WILSON, C. H., *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. V, *The Economic Organization of Early Modern Europe,* Cambridge University Press, Cambridge, 1977, págs. 290-392.

[42] CARANDE, R., *Carlos V y sus banqueros.* Vol. I, *La vida económica en Castilla,* Barcelona, Crítica-Junta de Castilla y León, 3.ª ed., 1987, págs. 320-349. Los efectos colaterales positivos de las ferias castellanas sobre la economía de la región los he estudiado en *Sobre la transición al capitalismo en Castilla. Economía y sociedad en la Tierra de Campos, 1500-1830,* Junta de Castilla y león, Salamanca, 1987, págs. 182-218.

de moneda en circulación que provocaron, cuanto por razones de tipo estratégico. En principio, el aumento de la moneda de plata en circulación no afectaría, directamente, al comercio local y regional, que se llevaba a cabo en buena proporción con «moneda negra» de menor valor. Pero, dada la conexión entre ambos circuitos, sus efectos serían decisivos tanto por el efecto multiplicador sobre las transacciones de todo tipo cuanto por desplazar una mayor cantidad de monedas de menor calidad hacia el comercio local y regional, que —como el internacional— tan necesitado estaba de este lubricante fundamental. Por otra parte, el hecho de que las nuevas explotaciones mineras se desarrollaran en Alemania, precisamente, tendría un doble efecto positivo, ya que dichas regiones estaban desempeñando un papel estratégico en el desarrolllo de los mercados y del comercio del interior europeo. El flujo sostenido de moneda aceleró e hizo más regular la comercialización hacia Alemania y Flandes de productos —principalmente ganado— de la Europa Central y Oriental. El corredor del Rhin, por el que, a través de Flandes, fluían los textiles ingleses hacia el centro de Europa se reforzó y, con él, también la venta de fustanes alemanes en los Países Bajos. Y se reforzó asimismo el tráfico a través del Ródano y las ferias de Ginebra y Lyon hacia el sur de Francia y Cataluña, donde los alemanes buscaban el pastel de Toulouse y el azafrán de la Corona de Aragón[43].

Lógicamente, la finalización de la Guerra de los Cien Años (y su coletazo en la guerra de las Dos Rosas) y la pacificación de Castilla desde 1474 facilitaron el comercio internacional y, en particular el tráfico entre el Norte y el Sur de Europa, que tan imbricado estaba con el conjunto del sistema. Más aún, en el mundo de 1500 en adelante, la existencia de redes alternativas entre sí garantizaba que las dificultades en un área se pudieran suplir con el desarrollo de otras. Es esto lo que explica que, pese a las Guerras de Italia y luego las Guerras con los luteranos en Alemania, el sistema siguiera funcionando con agilidad. El que sus energías no vinieran tan sólo del comercio internacional, sin duda el más afectado por estos conflictos y el que en muchos países se alcanzara una cierta estabilidad monetaria jugaría también en el mismo sentido.

Obviamente, el resultado de todo ello sería un esquema jerarquizado en el que destacarían puntos como Italia o Amberes, pero su dinámica no se prestaba a las diferencias crecientes entre centro y periferia y al desarrollo de unas áreas a expensas de otras. No se trata sólo de que las energías que desencadenaban y, por tanto, definían el crecimiento eran mucho más profundas y variadas que las que se derivaban de los lazos comerciales convencionalmente aludidos cuando se emplea el término economía mundo en el sentido en que lo hace Wallerstein. Es además que, incluso cuando hablamos de comercio, la combinación de sus diferentes circuitos da lugar a una imagen mucho más compleja en la que la resultante es el crecimiento polinuclear.

[43] YUN, B., «Economic Cycles...», *op. cit.*, pág. 123.

El esquema sería válido hasta los años treinta, precisamente la fecha límite de esta reflexión. Y sólo se vería distorsionado —que no roto— con la llegada de los tesoros americanos. Pero incluso este último fenómeno tiene su cronología que no conviene olvidar. Una simple comparación entre el metal precioso llegado de América (oro sobre todo, como es sabido) y la producción alemana en su momento culminante, hacia 1530, puede ser muy significactiva. Porque, efectívamente, hacia esa fecha se producían en el Viejo Continente unas 100 toneladas de plata (35 en Alemania y unas 53 en el resto de Europa Central)[44], mientras que de las cifras de Hamilton se deduce que, hacia 1531-1540 y convertido el oro en su equivalente en gramos de plata, América apenas si aportaba unas 23 toneladas anuales[45]. Es decir, no ya sólo hasta 1530, sino incluso en los años inmediatamente posteriores, el metal americano distaba mucho de alcanzar al europeo. En ese sentido, el esquema salido de los últimos años del siglo XV no se iría erosionando hasta los años centrales del siglo XVI. Lo haría poco a poco a medida que aumentaba el peso de la plata americana y disminuía el de las minas europeas. Ayudaría a ello el creciente peso de los genoveses y de las ferias de Besançon desde los años treinta en las finanzas del Emperador. Pero, aún así y por lo que a las relaciones económicas internacionales en su conjunto se refiere, estos cambios en los circuitos de producción y circulación de metales preciosos no modificaban el esquema de crecimiento polinuclear de la economía europea, que tenía —como hemos visto— raíces más profundas.

Hay una última cuestión a no olvidar cuando se piensa en la economía de esta época y en el mundo económico que serviría de base al imperio carolino. Tiene tal cuestión mucho que ver con el desarrollo tecnológico y sus características en el siglo XV. En efecto, el crecimiento que hemos descrito no se explica sin considerar la extraordinaria explosión técnica del Renacimiento (o la capacidad de Europa de incorporar técnicas de otras áreas, Asia en especial). Detrás del desarrollo de la minería alemana estaban avances como los realizados en las técnicas de drenaje y refinado durante la segunda mitad del siglo. La clave del desarrollo de la economía

[44] Citado por BARRETT, W., «World Bullion Flows, 1450-1800», en TRACY, J. D., *The Rise of Merchant Empires. Long-distance Trade in the Early Modern World, 1350-1750,* Cambridge University Press, Cambridge, 1990, pág. 245.

[45] Las cantidades arrojadas por mis cálculos, aplicando a los gramos de oro su equivalente en gramos de plata que da el mismo Hamilton y sumando ambas partidas, es la siguiente:

Importaciones anuales de metal precioso americano (medidas en su equivalente en toneladas de plata fina)

1503-1510	0,7
1511-1520	9,2
1521-1530	4,9
1531-1540	23,2
1541-1551	44,2

Fuente: HAMILTON, E., *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650,* Ariel, Barcelona, 1975, págs. 55 y 85. Al tramo 1531-1540 se le aplica una relación bimetálica de 10,61 a 1, que es la que se corresponde con el período 1536-1565.

atlántica estuvo en los progresos en materia de cartografía y en las técnicas de navegar y construcción naval. Y, por supuesto, en el transfondo del desarrollo financiero, plasmado en las grandes ferias internacionales, estuvieron importantes avances —o la difusión de avances anteriores— en la técnica mercantil. Lógicamente estos avances no sólo generaban crecimiento, sino que alimentaban un desarrollo más rápido de las áreas donde se producían, contribuyendo así a un cierto desarrollo desigual, plasmado, sobre todo, en ciertos aspectos de la vida económica. Pero, al mismo tiempo, conviene considerar que el progreso técnico del siglo XV guarda una diferencia esencial con el que se ha dado después de la revolución industrial y que tanto afecta a las diferencias entre países ricos y países pobres. Y es que, al contrario que el actual, era aquel un fenómeno muy poco intensivo en capital o, en otras palabras, que exige poco capital para plasmarse en desarrollo económico. Su simple conocimiento, siempre que se disponga de los recursos naturales que exige el nuevo invento, hace posible su aplicación. Esto quiere decir que —dejando aparte los problemas de difusión de los nuevos inventos—, una vez conocidos, éstos eran incorporados por las diferentes economías con relativa facilidad. O, lo que es lo mismo, era bastante difícil que se produjeran fenómenos de crecimiento diferenciado o de relaciones de subordinación económica entre las distintas áreas tan sólo por diferencias en el progreso técnico.

* * *

La visión que acabamos de dar del crecimiento europeo de estos años tiene —con independencia del valor explicativo en el largo plazo que queramos dar a la teoría del desarrollo desigual, a escala mundial o europea— la virtud de que sitúa con más claridad la acción de Carlos V, y sus condicionantes.

Las investigaciones más recientes sobre los mecanismos fiscales de la época estan demostrando su notable complejidad. Como ha subrayado Ch. Tilly, no sólo era preciso disponer de sistemas de extracción de impuestos y de asambleas más o menos abiertas a la negociación de éstos. Se necesitaba también que los distintos gravámenes incidieran sobre áreas de un cierto desarrollo de la circulación monetaria. Por otra parte, el problema no era sólo cobrar los impuestos, sino movilizar fondos con rapidez, lo que quiere decir que se necesitaban —aparte de condiciones institucionales— redes financieras desarrolladas que permitieran obtener créditos y adelantos de dinero con compromiso de pago futuro con cargo a los impuestos[46].

Bajo ese prisma se entiende algo que no siempre es enfatizado desde la perspectiva española, como es el protagonismo de las áreas del Norte de Europa en la financiación de la política de Carlos hasta, por lo menos, los años cuarenta. Más aún,

[46] TILLY, CH., *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990,* Alianza editorial, Madrid, págs. 133-412.

conviene decir que el mismo Carlos moriría preguntándose si no habrían sido sus súbditos del Norte los que más habían contrinuido a su política internacional[47]. Y es que, en el esquema antes descrito se entiende que, durante mucho tiempo, fuera decisivo el papel desempeñado por Flandes, una de las economías más monetizadas de Europa merced al funcionamiento de los circuitos descritos y en perfecta conexión con las redes financieras alemanas que se proyectaban, por las razones indicadas, sobre Amberes ya desde 1500. Los estudios de Braudel primero y de Tracy después (más específicamente sobre las provincias del Norte de los Países Bajos) son expresivas a ese respecto[48].

Pero se entiende asimismo la importancia de Castilla desde los años 1540. Para esas fechas, el flujo de la circulación del oro y, cada vez más, de la plata estaba cambiando. Aunque ésta no era una economía tan monetizada como la del Norte, esta riada «artificial» (permítaseme la expresión, con la que pretendo marcar las distancias con respecto a aquella) de numerario cumplía con creces la función. El obligado interés creciente en el Mediterráneo en la política de Carlos y el que ese flujo de plata fuera cada vez más controlado por los genoveses contribuía a desplazar el protagonismo. Pero, además, el peso creciente de Castilla tenía mucho que ver con su propia economía. Porque, como se ha dicho, no bastaba con tener liquidez. Es más, esa liquidez era necesariamente muy irregular e imprevisible, dadas las fluctuaciones de las entradas de metal americano. Era preciso por tanto una economía relativamente ágil, urbanizada y monetizada, sobre la que imponer impuestos que respaldaran esos préstamos y que incluso permitieran su «consolidación», como vía de reducir costes financieros. Ese fue, y precisamente porque no era una economía arcaica, dependiente o atrasada, el papel de Castilla. El mecanismo funcionaba mediante el recurso a la cesión del cobro de rentas como al de la seda de Granada o las rentas de los maestrazgos tomadas por los banqueros alemanes. Pero el sistema incluso se perfeccionaría cuando, tras el encabezamiento de alcabalas, se constituyó un flujo de ingreso regular y previsible atractivo para los asentistas cuyos préstamos se podían convertir en juros con creciente facilidad[49].

Por supuesto, los efectos del sistema carolino en el funcionamiento de la economía mundo europea serían decisivos. Aunque no estoy seguro de que este sea el mejor lugar para explicarlos, sobre todo porque, en realidad, no contribuirían a transformarlo hasta fechas posteriores a las que aquí sirven de límite, diré tan sólo que el

---

[47] Sobre la primacía de Castilla o Flandes en las contribuciones a la política imperial, RODRÍGUEZ-SALGADO, M., *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo,* Barcelona, 1992, págs. 505-531.

[48] BRAUDEL, F., «Les emprunts de Charles-Quint sur la place d'Anvers», en *Charles-Quint et son Temps,* París, CNRS, 1959, págs. 191-201. TRACY, J. D., *A Financial Revolution in the Hapsburg Netherlands. Rente and Rentiers in the County of Holland, 1515-1566,* University of California Press, Berkeley, Los Angeles, London, 1985.

[49] He desarrollado esta cuestión en «La economía castellana en el sistema político imperial en el siglo XVI», en MUSI, A. (*a cura di*), *Nel sistema imperiale. L'Italia spagnola,* Napoli, 1994, págs. 197-223.

más importante de esos efectos fue, sin duda, el de haber ayudado a la integración de sus circuitos. Y ello tanto por haber contribuido al aumento de la circulación monetaria y,en consecuencia, al desarrollo del comercio internacional, como por haber permitido una relación más ágil entre algunas de sus regiones, en particular entre Castilla, Flandes e Italia. El propio sistema de ferias, con el protagonismo adquirido por las reuniones del Valle del Duero —Medina del Campo singularmente— es una manifestación de ello. Pero queda por demostrar, en cualquier caso, que todo ello condujera a relaciones de dependencia económica entre sus regiones. El crecimiento económico de Castilla, supuesta semiperideria proveedora de materias primas y simple puente en el paso de metales preciosos y en el comercio con las Indias, y el desarrollo industrial que todavía estaba por vivirse en ella hasta las últimas décadas del XVI es sin duda la muestra más palpable de que el desarrollo del comercio internacional estaba todavía muy lejos de provocar procesos de división del trabajo y de acumulación capitalista como los predicados por la teoría de la dependencia. Lo que no está reñido, por supuesto, con el creciente protagonismo y más rápido desarrollo económico de los países del Norte desde 1600, un hecho, que, en cualquier caso, quizás tenga mucho más que ver con la realidad de cada uno de ellos que con su papel en el comercio internacional en sí misma. Pero ésta es, como digo, cuestión que rebasa nuestro marco cronológico.